

VIVIR ES LO QUE IMPORTA

Ojalá, y antes de poner las manos sobre el volante, amigos míos, descanséis los ojos sobre el canchal de esta humilde crónica de verbos bienintencionados. Ojalá. Pues, tal vez ello, os haga pensar en el desastre de las urgencias, en los adioses de los besos y en los escalofríos de los huesos quebradizos. O, mejor —y esa es mi intención— en los cordiales y magos perfumes de la vida; porque, en definitiva, vivir es lo que importa.

Ya digo, quieran los dioses —y también las diosas— que vuestras intenciones y deseos de disfrutar de un viaje feliz transiten

por las mejores rutas: sendas venturosas que domestiquen la calentura del acelerón y la ansiedad de los relojes. Y es que, aunque nosotros seamos prudentes, los malos gatos y los gatos bizcos y las traiciones de los asfaltos salen de uno en uno, de dos en dos en cada kilómetro por recorrer, en cada curva por descubrir y en cada palmo de carretera por bautizar. Así que, piano, piano. Ante la aventura de un viaje, toda prudencia es poca, pues, de sobra sabemos que hay mucho morrongo suelto por esas carreteras de Dios haciéndonos la puñeta.

Ya sé, ya sé lo fácil que resulta mojar la pluma en el tintero de la tragedia para vender



**MANUEL
ALMENDROS**

estos asuntos. Pero no es ésta mi intención. Y, además, yo no tengo madera de fanático. Lo que pasa es que la ocasión me viene dada para tras un lejano y aparatoso accidente de circulación, que afortunadamente puedo contar, dejaros una breve reflexión sobre la maldad que encierran la impaciencia, el abuso del acelerador, la confianza excesiva y, en definitiva, la irresponsabilidad personal. Cualquiera de estos vicios —obvio es señalarlo— se vuelve implacable contra nosotros: al menor descuido ¡zas!, te encuentras abrazado a las entrañas del vacío. Y

eso es cosa triste, muy triste, pues que nada apetece menos que verle la cara a la Parca o sentir en el paladar el polvo del naufragio y la soledad. Por eso, sinceramente os digo que cada viaje y cada acelerón contra las brisas conlleve su meditación; ello os servirá para atravesar la vida sobre el milagro de la vida y para crear latitudes y remansos que os lleven a disfrutar de amor en las estancias más felices.

Tan recientes y vivos están en nuestra memoria los últimos datos de los accidentes mortales de circulación, que por cada palabra que aquí derramo me va subiendo por la sangre una lluvia ilimitada de terror, un pai-

saje interminable de preocupaciones y rece-los, un...escalofrío, pues que somos muchos para inutilizarnos, para atropellarnos y para llenar los asfaltos de dolor.

Vayamos, pues, con cuidado, velemos las distancias y circulemos con los ojos alerta, dentro de un código riguroso de respeto, inteligencia y amor, que atrás nos queda la vida incómenzada: la familia, los amigos, la aventura apetecible de los besos, el silbo del amor y la ternura, el eco de los sueños y las luces que nacen cada día. Yo sé que —y perdonad que sea reiterativo— de nada nos sirve destapar el volcán de la turba incontrolada y el diluvio de los reflejos presumidos. No, de nada nos vale la petulancia y la cabezonería, porque estos espejismos siempre llegarán disfrazados de meteoritos peligrosos que nos morderán en los talones de la muerte y en los corazones de la vida.

Amigos míos, que vuestras manos y vuestra mente, sobrias de elegancia y cordura, os conduzcan hasta el final de un viaje de pulsos perfectos y amores besables. No hay duda de que, aunque seamos conscientes de que no siempre la responsabilidad de un accidente es nuestra, se hacen necesarias, muy necesarias, la calma y la paciencia para no sellar nuestro ataúd con los clavos de la estupidez. Sinceramente, qué mal quedaría nuestra sonrisa trizada entre breñas y zarzas. Yo, después de verle las orejas al lobo, no me lo perdonaría. Y por eso os aviso dulcemente.